

# PINOCHO

AÑO. III  
NUM. 139

25 cts

16 OCTUBRE  
1927



¿QUE TE PASA LUCIO, QUE ESTÁS TAN PENSATIVO?  
-PUES QUE HOY ME DICE DON AMARO: ¿CUANTAS SON DOS Y TRES?  
-CINCO=RESPONDO=ESO EL MÁS TONTO LO SABE. Y ME CONTESTA: ¡POR ESO TE LO PREGUNTO YO A TI!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EL BISONTE NEGRO

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

del Gran Espíritu favorecerá al que logre apoderarse del *bisonte negro*.

—He ahí una fortuna muy problemática —dijo Sam—; pero yo cobraré los cincuenta mil dólares ofrecidos por el señor Foster al que le entregue la famosa piel negra.

Después de este diálogo se pusieron en marcha al trote corto seguidos del caballo que llevaba la tienda y los escasos bienes que poseía el indio.

De vez en cuando se alzaban sobre los estribos para mirar hacia el Norte, a fin de ver si descubrían la vanguardia de los bisontes, compuesta por los machos encargados de proteger el resto de la manada. Todavía no podía distinguirse nada por ser la noche muy oscura; pero se les oía. Un fragor sordo y lejano, formado por miles y miles de mugidos, no bien distintos aun, acompañados también de algunos aullidos, que parecían acercarse y alejarse alternativamente. Seguramente una numerosa bandada de lobos debía seguir y flanquear a los gigantescos animales, dispuestos a devorar a los que quedasen rezagados o que cayeran exhaustos por el cansancio.

*Pájaro Nocturno* puso su caballo al galope, y diez minutos después se hallaban sobre una pequeña colina, o, por mejor decir, sobre una montañita que se alzaba aislada en aquella inmensa llanura, alfombrada de verdes hierbas. Subió el indio hasta la cumbre, y una vez allí saltó a tierra diciendo al *cow-boy*:

—Míralos, ya se distingue la primera fila.

Una línea oscura avanzaba en la pradera cubriendo un gran espacio. Era la vanguardia de los bisontes. Ya se oían ahora, distintamente, los mugidos, que producían, por cierto, así como un vago malestar al *cow-boy*, a pesar de que había asistido ya otras veces a aquel mismo espectáculo, y había tenido que afrontar también otras veces a aquellos gigantes de la pradera.

—¿No temes que puedan subir aquí? —preguntó al indio.

—Aquí no hay pastos —respondió *Pájaro Nocturno*—, y, además, no les gusta las alturas.

Parecía que los bisontes se hubiesen parado a descansar. Se distinguía movimiento en las filas, pero no se les veía avanzar.

—El hermano blanco puede ahora dormir un rato —dijo *Pájaro Nocturno*—. Los bisontes no reanudarán ya la marcha hasta que apunte el día.

Sam, en su interior, bendijo a los rumiantes por aquel alto que hacían en su camino, y no se hizo rogar por el indio para decidirse a descabezar un sueño. Extendió su manta, se envolvió bien en su

capote y apoyando su cabeza en la silla de montar que había quitado al caballo, se dispuso a dormir, lo que consiguió en seguida, soñando que tenía delante al *bisonte negro*.

Cuando el indio le despertó, el sol empezaba a asomar sobre las lejanas cumbres de las montañas Rocosas.

Los bisontes habían vuelto a emprender la marcha avanzando pesadamente, mordisqueando acá y acullá algunos brotes; pero sin llegarse a parar en su camino. ¡Qué maravilloso espectáculo! Hasta donde alcanzaba la vista, no se veía otra cosa que aquellos animales de aspecto feroz, de alta jiba y larga cornamenta. En primera línea

venían los machos, después seguían las hembras, luego las crías, flanqueadas por sendas hileras de machos, entre los cuales se veían algunos ya machuchos, fáciles de reconocer por el color más claro de su piel gris.

Grandes manadas de lobos hambrientos seguían aquella interminable falange, intentando forzar las líneas de los machos para llegar hasta las crías; pero eran rechazados a cornadas y a patadas.

No era muy fácil calcular cuántos bisontes podían componer, poco más o menos, aquel inmenso rebaño. Miles y miles, seguramente. Una verdadera fortuna, capaz de colmar los anhelos de cien tribus indias.

*Pájaro Nocturno*, inmóvil sobre el sitio más culminante de la montaña, observaba atentamente las filas para ver de descubrir al *bisonte negro*. También le buscaba Sam sin lograr verle.

Durante cinco horas siguió desfilando aquella imponente masa a derecha e izquierda de la colina. Por fin, empezó a aparecer la retaguardia, formada por los más viejos, contra los cuales se lanzaban con más furor los lobos, y cuando conseguían aislar a alguno, todos se echaban a la vez contra él, mordiéndole las piernas hasta lograr que se cayera. Luego, aullando terriblemente, empezaban a despedazarlo.

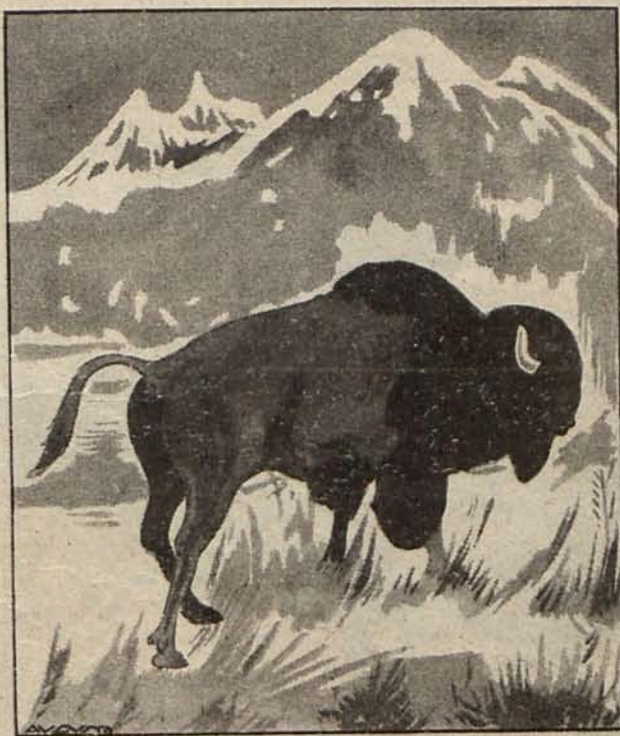
Tanto Sam como el indio perdían ya la esperanza de descubrir al *bisonte negro*, cuando de repente el segundo dió un grito de alegría.

—¡Allí está! ¡Allí está!

—¿Dónde? —preguntó Sam.

—Allí, ¡míralo! Está luchando con un grupo de lobos, defendiendo a los viejos de la retaguardia. No cabe duda de que alberga en su alma el espíritu del gran jefe de los Siux cuando demuestra tanta nobleza.

Un bisonte de enorme estatura, alta jiba vellosa y de hermosa cabeza, adornada de soberbia cornamenta curvada hacia fuera, de piel completamente negra, sin la más leve mancha, se estaba batien-







do ferozmente contra el grueso de la manada de lobos perseguidores de los viejos e inválidos de la retaguardia.

Era un magnífico animal de doble tamaño que los que tenía en torno, lo cual justificaba la admiración que habían sentido ante él todos los cazadores de aquellos contornos. Se veía claramente que aquel coloso no temía a los lobos... Con la cabeza baja les iba embistiendo, despachurrándolos a cornadas y pateándolos con sus dos potentes pesuñas.

—A caballo —ordenó el piel roja—. Si el hermano blanco se siente con valor para afrontarlo, yo le acompaño.

—Vale cincuenta mil dólares, y trae, además, suerte —contestó Sam—. No voy a ser tan tonto que deje escapar la ocasión.

El grueso del rebaño había pasado ya, pues el *bisonte negro*, por seguir luchando con los lobos, se había ido quedando rezagado y casi solo. El *cow-boy* ensilló rápidamente su caballo y salió al galope seguido del indio. Llevaba preparada la carabina, decidido a perseguir al animal, pasara lo que pasara.

Parecía que el bisonte no se había dado siquiera cuenta de la vecindad de los cazadores. Seguía luchando todavía intrépidamente con los lobos, que le tenían cercado, pero sin atreverse a dar el asalto definitivo. Aquella enorme bestia hacía vacilar aún a los más hambrientos, y no debía ser empresa fácil derribar al colosal búfalo.

Los rugidos de los animales que le rodeaban le advirtieron el peligro, pues viendo él que el círculo de sus asaltantes se iba ensanchando, levantó instintivamente la cabeza, advirtiendo la presencia de los cazadores. Permaneció inmóvil, clavando en ellos sus ojos iracundos, y después bajó la cabeza como si se preparara a embestirles.

—Que mi hermano blanco se ponga en guardia —dijo el indio.

—Estoy preparado a recibirle —respondió Sam.

Hizo dar media vuelta al caballo, parándole de repente, y luego apuntó su carabina. El tiro salió en el preciso instante en que el caballo daba un respingo. La bala, mal dirigida, no había tocado siquiera la piel del cornúpeto, el cual, al oír la detonación levantó la cabeza, olfateó el aire y salió corriendo, haciendo temblar el suelo bajo sus potentes patas.

—¡Oh, huye! —gritó Sam furioso, espoleando al caballo—. Pues yo no te dejo, aun cuando tenga que atravesar toda América, hasta llegar a la orilla del Pacífico.

Los caballos, incluso el que llevaba la impedimenta del indio, iban a galope tendido a campo traviesa; pero el *bisonte negro* galopaba aún más veloz y sabía mantener constantemente la distancia. Iba en aquel momento algo resguardado, medio escondido entre un cañón, especie de barranco estrecho, o, por mejor decir, torrentera, y corría a perderse de vista, lanzando de vez en cuando un ronco mugido.

—Pájaro Nocturno —dijo Sam—, ¿adónde crees que puede dirigirse esa maldita fiera?

—No lo sé —respondió el indio.

—No parece que trate de reunirse a su rebaño.

—No; pues ha tomado una dirección completamente contraria.

—¿Pero tú habías visto alguna vez un bisonte galopando de tal modo hasta conseguir dejar atrás los caballos?

—No, no lo había visto jamás. Los bisontes suelen cansarse pronto yendo al galope, y el que estamos persiguiendo no da señal alguna de fatiga. Por eso te digo que debe alojar el alma del jefe de la tribu de los Siux.

—Yo no creo ni una palabra de lo que cuentan los adivinos de las tribus indias —respondió Sam—. Sin embargo, ese animal me parece extraño. Corramos a pesar de todo, pues seguramente acabará por detenerse.

El bisonte corría a más no poder con una velocidad y resistencia asombrosas, que tenían maravillado al indio y hacían perder los estribos al *cow-boy*, el cual no acertaba a comprender cómo un animal

de aquella especie podía tener tan sólidos remos, hasta el punto de competir con los incomparables caballos de la praderas americanas.

Al mediodía aún seguía el *bisonte negro* galopando, sin haber acortado el paso y sin dar la más mínima señal de cansancio. En cambio, los caballos empezaban ya a resollar fuerte.

Había ido dejando atrás la pradera, y ahora iba bordeando un pequeño lago rodeado de altos pinos.

—¿Pero adónde nos lleva ese endemoniado animal? —preguntó Sam a Pájaro Nocturno—. Yo no conozco este paraje.

El indio sólo respondió con un gesto que parecía reflejar honda preocupación.

—¿Has estado tú por aquí alguna vez?

—Nos hallamos en el territorio de los Siux —respondió el indio—. No cabe ya duda, el bisonte alberga el alma del jefe, y después de haber conducido al rebaño y haber-

le defendido de los lobos, vuelve a la tierra de sus antepasados.

—No me vengas con paparruchas —respondió Sam, que estaba de pésimo humor—. Los adeptos de Siux, ¿son acaso tus enemigos?

—Los apaches y los sioux están en lucha hace tres siglos.

—¿Deseas volverte atrás?

—No obstante, tú me has dicho que ese bisonte trae la suerte.

—Así lo afirman los adivinos de mi tribu.

—¡Tal vez nos lleve ante una mina de oro o de plata!

—Antes abundaba por aquí el metal precioso.

—¡Ah!, pues yo no abandono la persecución del animalito hasta que se detenga y consiga apoderarme de su piel.

—Yo tampoco —dijo Pájaro Nocturno.

El maravilloso e incansable cornúpeto había rebasado ya el lago, disimulándose entre un bosque de enormes arces. Ya no corría con el mismo empuje, y sus flancos, relucientes como si fueran de seda negra, se movían aceleradamente. Una baba sanguinolenta bañaba-

(Concluirá en el número próximo.)







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, mi querido buho, ¿has estado tú alguna vez en un desierto?

—Yo, no. A mí no se me ha perdido nada en el desierto, querido Chonón.

—¿Pero no te gustaría cruzar por uno de ellos?

—¡Psch! Si tuviera la seguridad de que no había de faltarme el sustento ni había de sorprenderme ninguna tempestad, quizás me interesase la travesía. ¿Es que piensas hacer tú algún viaje, Chononcito?

—Por ahora, no; pero quería que me hablastes de la vida que se hace en los desiertos.

—Mala vida es esa.

—Ya lo supongo, y precisamente éste es el motivo de mi curiosidad.

—La vida en los grandes desiertos se desenvuelve en condiciones muy penosas. Unicamente los naturales de la región la pueden soportar, y aun a costa de muchas privaciones y no pocos peligros. Estos habitantes forman tribus nómadas y se dedican unos al comercio, llevando sus mercancías a través del inmenso mar de arena para hacerlas llegar a los poblados establecidos en el oasis, y otros al pillaje, aumentando con sus fechorías el temor de aquellas inmensas extensiones desoladas.

—¿Cuáles son los desiertos más grandes del mundo?

—El de Sahara, en Africa, y el de Gobi, en Asia. También es importantísimo por su extensión el desierto árabe. En éste habitan las grandes tribus de beduinos nómadas, que son tribus cuyo carácter bélico les hace estar en constante guerra con otras tribus.

—No comprendo qué sacarán en limpio de estas guerras. El terreno del desierto es árido e inhospitalario, y no vale, por tanto, la pena el disputárselo, y si las tribus que guerrear dicen que son nómadas, llevan siempre la casa a cuestas, y no hay, por tanto, ningún problema de fronteras, ¿no te parece?

—Me parece muy atinada tu observación; pero olvidas, querido Chonón, que las tribus que viajan a través del desierto han de ir provistas de gran cantidad de provisiones, y en un terreno donde es tan difícil conseguir las, han de despertar la codicia más que en ningún otro. Por eso hay tribus que viven única y exclusivamente del pillaje. Fácilmente comprenderás que si el sustento les sale al paso, les es más cómodo atraparlos, si bien por medios reprobables e ilícitos, allí donde lo encuentran, que no tener que ir en su busca a distancias a veces enormísimas.

—Tienes razón, aunque yo creo que si las caravanas que han de cruzar el desierto con mercancías y provisiones llevarán buenas armas y buenos hombres no serían fáciles los asaltos.

—Ya los llevan, y por esta razón no siempre salen vencedores los bandoleros.

—No debían de vencer éstos nunca y así acabarían por abandonar tan detestable oficio y dejar que caminasen tranquilos los traficantes honrados.

—Eso de caminar tranquilo por el desierto no pasa de ser un deseo tuyo. Hay otros peligros naturales que sorprenden a las caravanas y les dan serios disgustos. El más terrible de todos es la tempestad de arena.

—¿Qué tempestad es esa? Me haces pensar en una lluvia torrencial de arena.

—No es lluvia que cae del cielo, pero sí torbellinos de arena y polvo que borran las pistas, desfiguran el terreno y levantan montañas, que al caer sobre el suelo entierran caravanas enteras.

—Sí que será horrible el espectáculo.

—Otras veces es la sed la que hace sucumbir a hombres y animales.

—¿Pero no hay nada de agua en el desierto?

—Hay inmensas extensiones en que no se halla ni una gota. El calor es abrasador. El suelo blando hace que las jornadas sean cortas y fatigosas, por lo que el tormento principal de las tribus que viajan por el desierto es la sed.

—Recuerdo que en una de tus charlas me hablaste de un traidor engaño de que con frecuencia eran víctimas las caravanas: el espejismo.

—Así es, querido Chonón. Es inenarrable la tristeza y el desconsuelo que deben sufrir los viajeros que atraídos por el falso paisaje de unas palmeras y un lago lleguen a un punto en que vean con terror que todo se desvanece, que todo fué una ilusión convertida en burla y estimulante de su tormento.

—Recuerdo que me dijiste que era un fenómeno de reflexión de la luz y que las capas bajas de la atmósfera, por efecto de estar enrarecidas a causa del calor, reflejaban como en un espejo imágenes de paisajes que estaban a muchísimos kilómetros de distancia.

—Veo que tu feliz memoria conserva frescos los asuntos de nuestras charlas.

—Habrà que ver con qué alegría llegarán las caravanas a un oasis. Pero a un oasis de verdad, no a esos que finge el espejismo.

—Ya lo creo. Y más a ciertos oasis, como los del desierto de Libia, en Africa, que son un verdadero encanto.

—¿Tan bonitos son?

—Los hay de gran extensión y extraordinaria belleza. Las tribus que los habitan, llamadas de mogrebinos, ponen todo su orgullo en cuidar estos sitios con esmero inusitado. Así disponen de deliciosos jardines y bellas aldeas levantadas en medio de frondosos bosques de palmeras, entre cuyos troncos corren las aguas cristalinas de los manantiales.

—Parecerà una bendición del cielo uno de estos oasis en medio de la desolación del desierto.

—Como que entre los naturales los llaman *islas de los bienaventurados*.

—¿Y no llegan hasta allí las tempestades de arena?

—Desde luego llegan hasta sus mismas puertas los ramalazos del terrible viento simoun, y por la noche oyen desde la cama, en noches tempestuosas, los ruidos de los chacales hambrientos; pero la exuberante vegetación de que se hallan rodeados opone una resistente barrera al huracán y atenúa sus peligrosos efectos.

—¿Y de qué viven estos habitantes de los oasis?

—Se defienden con recursos naturales propios. Comen, como plato apetitoso, lagartos, y una variedad de ratas, llamadas del desierto. Pero su alimento principal, y del que disponen con más abundancia, es el dátil, que preparan de mil maneras. Extraen de él una rica miel, y de las flores de las palmeras obtienen una sana y agradable bebida. Los huesos de los dátiles molidos proporcionan un gran alimento para el ganado. De las hojas secas sacan unas fibras con las que fabrican esteras, cestas, abanicos y cuerdas, cuyos artículos les sirven también para establecer un intercambio comercial con las caravanas que van de paso.

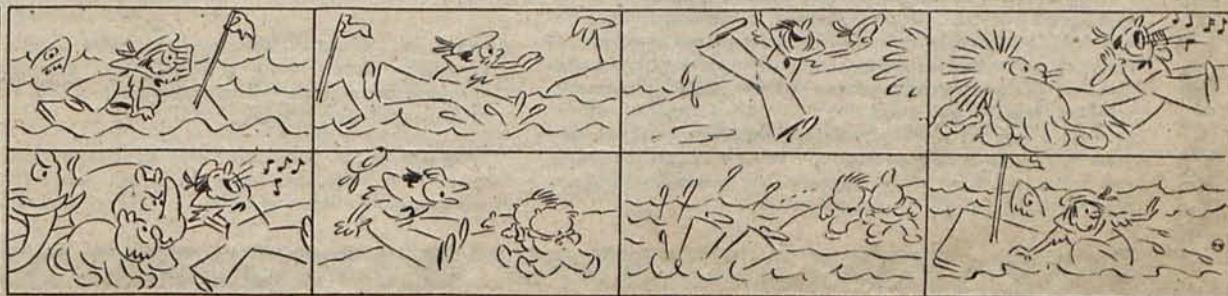
—Es curiosísimo todo esto.

—Y también es muy tarde, ¿verdad, Chonón?

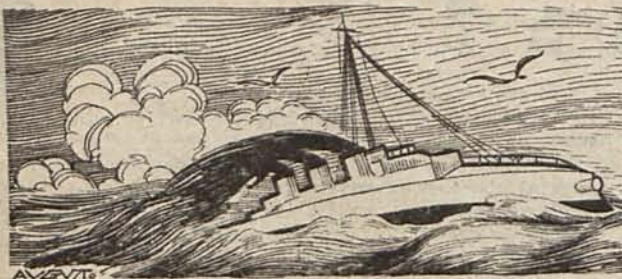
—Enormemente tarde. Vámonos.

—Vámonos.

¿QUÉ  
PINOCHITA  
QUIERE  
DIBUJAR  
LAS CARAS  
DE LOS  
PERSONAJES  
DE ESTA  
HISTORIETA?







# EL TORPEDERO DE PRESA

Por **A. M. GIANELLA**

(Continuación.)

El gobernador apuntó los gemelos hacia ella y la vio acercarse rápidamente, hasta marcarse claramente las líneas del guardacosta que había zarpado la noche anterior.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó, dominado también él por la emoción e impaciencia de los demás—. ¡Es nuestro barco!

Y sacudiendo con familiaridad un brazo de su secretario, añadió:

—Querido secretario, espero que nos traerá alguna buena noticia.

—Señor gobernador, lo deseo de veras.

—¿Y usted qué cree?

—Yo...

—¿No tiene esperanzas?...

—¿De haber capturado a esos bribones?...

—Yo no confío en tanta suerte; pero... ¡confío en un buen chapuzón y buenas noches!

El secretario inclinóse y no habló palabra.

Hubo un largo silencio de espera; después estalló en el malecón un coro de gritos, exclamaciones, vivas y aplausos, en medio de un gran agitar de pañuelos y sombreros.

El guardacostas entraba majestuosamente en la bahía.

Retrasó su marcha, se detuvo en su punto de anclaje y echó al agua una chalupa, en la que bajaron unos cuantos marineros y dos oficiales, que se dirigieron rápidamente hacia Numea.

Poco después, uno de los oficiales —el comandante del barco— estaba en presencia del gobernador, mientras la gente asediaba a preguntas a los marineros y al otro oficial, lanzando fuertes exclamaciones durante el relato.

—Comandante, ¿qué noticias me trae? —preguntó con visible emoción el gobernador.

—La justicia ha sido hecha.

—¡Diablo! ¿Qué me cuenta?

—La verdad, señor gobernador.

—Veamos, veamos. Cuénteme las cosas en orden, querido comandante.

—¡Oh! No hay mucho que contar.

—Vamos a ver. ¿Ha sido alcanzado el torpedero?

—No.

—¿No? Explíquese...

—Los dos cruceros ingleses partieron al mismo tiempo que nosotros, formando un ángulo, del cual mi barco, que se quedó atrás, representaba el vértice; de este modo abarcábamos un gran radio de acción que cogía la parte del horizonte por donde habían huido los bandidos. ¿Está claro?

—Clarísimo; prosiga.

—El huracán nos cogió de este modo separados y abandonados a nuestras propias fuerzas en alta mar. ¡Qué noche, qué noche más infernal! Olas monstruosas, trombas de agua acompañadas de viento capaces de derribar murallas... Había para encomendarse el alma, señor gobernador.

—Lo creo. ¿Y qué más?

—Al amanecer volvió la calma, y entonces marchamos a toda máquina, en la esperanza de reunirnos con los cruceros ingleses. De pronto el marinero de guardia en el trinquete gritó:

—¡Restos por la parte de proa!

—Corrí a ver. Veíanse balancear encima de las olas algunos objetos. Mandé echar un bote al agua para que recogiesen aquellos restos de un naufragio.

—¿Qué eran?

—Restos de camarotes, tablas y un salvavidas, en el cual se leía un nombre.

—¿Qué nombre?

—El nombre del torpedero: *Victory*.

Siguió una breve pausa, y después el gobernador dijo:

—Prosiga, comandante.

—Poco me queda que contar. Una hora más tarde los dos cruceros aparecieron en el horizonte y se acercaron. No habían descubierto nada. Entregué los restos encontrados y entonces a nadie le cupo duda de que se trataba del naufragio del torpedero y del triste epílogo de aquella audaz empresa. Los dos buques ingleses tomaron el rumbo de Sydney y yo me vine para acá. Señor gobernador, Dios nos ha vengado y ha protegido a la Humanidad haciendo justicia en aquellos miserables.

Callóse el oficial, y el gobernador le despidió con un cordial apretón de manos, quedándose solo con el secretario.

—¿Qué me dice? —preguntó a su subalterno—. ¿Tenía o no razón?

El secretario bajó la cabeza y apretó los labios.

—Señor gobernador, ¿quiere que le hable con toda franqueza?

—Claro que sí.

—No creo en nada de eso.

—¿En qué cosa no cree?

—En ese pretendido naufragio.

—Señor secretario, ¿sería capaz de poner en duda las palabras del comandante?

—Dios me libre de ello. Creo en los restos pero no creo en el naufragio.

—¿Diga, diga pronto qué es lo que piensa?

—Sólo es una simple sospecha, que querría ver destruida, pero que no puedo apartar de mi mente...

El gobernador encogióse de hombros y dijo para terminar:

—Basta, secretario. Extienda el oficio para enviarlo al ministerio y no hablemos más de este molesto asunto. Lo mejor que se puede hacer es olvidarse de ello.

El empleado contestó con una inclinación y siguió a su superior hacia el palacio, murmurando:

—¡Lo que está por ver es si el gobierno piensa del mismo modo.

V

*El huracán. — Grito misterioso. — Un joven desenvuelto. — Ordenes extrañas. — En el interior del torpedero. — Un coloquio interesante. — Toma de posesión. — El secreto de la bodega. — ¡Sois libres!*

Saliendo de la bahía, Rodolfo de Barenval dirigió el torpedero al noroeste, hacia la punta septentrional de Australia, para doblar el cabo de Afork, atravesar el es-



trecho de Torres, que divide las paradójicas tierras de maravillas de la Nueva Guinea, y echarse hacia el mar Indico, entre los peligrosos archipiélagos de las islas malayas.

La fortuna que le había protegido en su fuga extraordinaria le llenaba el corazón de una orgullosa alegría y una confianza completa en sí mismo y en su destino.

Pasados los primeros momentos de emoción y nerviosidad, recobró su calma y firmeza.

Con las manos agarradas a la rueda del timón, la vista en la brújula, las piernas firmes, gobernaba magistralmente la ruta de aquella ágil nave que había conquistado, que había hecho suya de un solo golpe y que ahora lucía con una velocidad de veinte nudos.

¿Y el huracán?

¡Qué importa! ¡Fuera miedo! ¡Adelante, siempre adelante!

Y el rápido torpedero cabeceaba, cortaba las olas imponentes y rugientes, sin preocuparse de los golpes de mar que le asaltaban de todas partes.

A los pocos instantes el huracán se hizo espantoso; sucedíanse los relámpagos, uno tras otro, de un color amarillo lívido, surcados por una fina y retorcida línea de luz azulada, dejando ver los monstruosos valles de las olas que parecían tenerse que cerrar, cual boca inhumana, para devorar el barco y los audaces que lo tripulaban.

Seguíanse los horribles estallidos de los truenos, a veces tan inmediatos, que parecía que el rayo hubiese caído en el corto palo del torpedero.

Entre tanto infierno Rodolfo de Barenval permanecía firme e impassible.

Hacia un rato que duraba aquel estruendo, cuando sus oídos fueron heridos por un grito fortísimo y desgarrador, que parecía salir del fondo de la nave.

Estremeciéndose y aguzó el oído; no se oía nada.

Un comienzo de inquietud empezó a preocuparle.

—Maurical —gritó.

Acudió uno de los evadidos.

—Maurical —prosiguió—, ¿has oído ese grito?

—Sí, capitán.

—¿Podrías decirme quién lo ha lanzado?

—Voy a verlo.

—Ve... no, espera. ¿Dónde está el marinero inglés?

—¿El que sorprendimos y atamos en cubierta?

—El mismo.

—Le he atado al palo; ahí, junto a nosotros.

—Ve a desatarle y tráele de grado o por fuerza.

Maurical alejóse y volvió en seguida, junto con el marinero inglés, un joven pequeño, delgadito, pero lleno de vida.

—Amigo mío —le dijo Barenval sin abandonar la rueda del timón—, ¿qué piensas de todo lo sucedido?

—Nada —contestó el marinero con desenvoltura—. Hemos sido sorprendidos y vencidos por la violencia.

—¿Tienes aprecio a la vida?

—Muchísimo.

—Me alegro en extremo, pondrás a mal tiempo buena cara y me obedecerás.

—¿Y si me negase?

—Harias mal, porque te mataría.

—Estoy seguro de ello.

El capitán soltó una carcajada ante la franqueza del joven inglés y siguió diciendo:

—¿Sabes conducir el timón?

—Sí, señor; soy marinero timonel.

—Muy bien, amigo. ¿Quieres ocupar mi puesto?

—¿Por qué no?... Más vale esto que estar atado al palo y tenerme que tragar todos los golpes de mar...

—Muy bien. Estás alegre ante el peligro, lo cual demuestra que eres un valiente. Toma, coge la rueda y sujétala bien.

—¿Qué ruta?

—Noroeste, un cuarto al Oeste.

—Está bien.

—Te advierto —y al decirlo el capitán le puso ante los ojos el índice amenazador—, te advierto que si me doy cuenta que tienes alguna mala intención..., ere hombre perdido.

El joven no contestó y siguió firme en su puesto, mirando la brújula e imprimiendo con sus manos fuertes y llenas de callos golpecitos a la rueda del timón.

Rodolfo de Barenval se alejó, seguido del ex presidiario, parándose junto a la primera escotilla.

—Maurical —dijo—, voy a encargarte una misión.

—Mandad.

—Toma un hacha y destruye parte de los camarotes de proa, rompe unas cuantas tablas, descuelga dos o tres salvavidas y échalo todo al mar a intervalos, ¿me entiendes?

Maurical no se movió; tan grande era el asombro que le había producido lo extravagante de aquella orden.

El capitán lo comprendió y se encogió de hombros.

—Maurical —siguió diciendo—, eres muy bruto.

—¿Por qué?

—Haz todo lo que te he mandado; seremos seguramente perseguidos por los dos cruceros ingleses y quiero que crean que hemos naufragado.

El ex presidiario, iluminado por aquellas palabras, sonrióse y se inclinó.

—Perdonadme capitán —murmuró—; sois un grande hombre y, en cambio, yo soy...

—Un hombre que sabe obedecer a tiempo. ¡Ea, anda pronto!

Seguro Barenval de haber tomado todas las precauciones, desapareció por la escotilla.

Por lo que hemos visto en el capítulo anterior sabemos que Maurical cumplió perfectamente el encargo recibido; de modo que nos convendrá dejarlo para seguir a su capitán por el interior del torpedero, hacia donde le llevaba el pensamiento de aquel grito misterioso oído poco antes.

Al bajar la escalera le pareció que un continuo y débil gemido llegaba de la parte del barco, inmediata a la cámara de máquinas.

Entró en ella y echó en torno una investigadora mirada, y vió al maquinista ocupado en la maravillosa maquinaria y los dos fogoneros echando carbón en las calderas, ayudados por un ex-recluso, mientras Collap, apoyado en un rincón, con los brazos en cruz y el revólver en el cinturón, hacía guardia a toda conciencia.

La tranquila actividad de aquella escena sorprendió al capitán Barenval. Había temido que alguna grave tragedia hubiese tenido lugar en aquel sitio y, por el contrario, lo encontraba en orden y en una calma laboriosa.

¿Quién, pues, había lanzado el misterioso grito?

No faltaba ninguno de sus compañeros de fuga, y los ingleses parecían resignados.

Llamó a Collap, que cual excelente soldado se había cuadrado, y le preguntó:

—¿No has oído un grito?

—¿Hace un cuarto de hora?

—Sí.

—Sí que lo he oído.

—¿Quién lo ha lanzado?

—Lo ignoro.

—¡Diablos!... ¿Y no has ido a ver qué pasaba?

—No. Me he guardado bien de hacerlo.

—¿Por qué?

—Capitán, se me ha confiado la vigilancia de las máquinas y he creído que mi deber consistía en no abandonarlas.

—Tienes razón, Collap —dijo Rodolfo de Barenval, apoyando la mano en la espalda vigorosa del ex-presidiario, con uno de esos gestos de cordial familiaridad que conquistan hasta a los caracteres más fieros—; pero es preciso saber de qué se trata.

(Continuará en el número próximo.)





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



UNA TORMENTA ESPANTOSA LES OBLIGÓ A ATERIZAR DESTROZÁNDOSE EL APARATO. A NUESTROS TRES AMIGOS NO LES PASÓ NADA PERO QUEDARON EN EL FONDO DE UN BARRANCO O CAÑON.



¡Y COMO SALTREMOS DE ESTE CAÑON!

¡HOY NO SE NADA MAÑANA DIOS DÍRA!



¡ES DESESPERANTE ESTO DE NO SABER DONDE NOS HALLAMOS!

¡ESTÁ ESCRITO. CIEN CAMINOS PRESENTAN CIEN DIFICULTADES!



¡SE OYEN RUIDOS EXTRAÑOS! PARECE COMO SI HABLASEN AHI ABAJO MUCHOS GIGANTES!

¡YO CREO QUE ESTAMOS EN EL BARRANCO DE LAS VOCES MISTERIOSAS!



¡ZAPATETA! ¡QUE EXPLOSION!

¡LOS GIGANTES ESTAN DISGUSTADOS!



¡QUE SUERTE! ¡DE BUENA HEMOS ESCAPADO!

¡ES UNA ERUPCION FORMIDABLE!



¡AQUI DEBIERON VIVIR LOS HABITANTES DE LAS CAVERNAS

¡QUE POCO SE DIVERTIRIAN LOS CHICOS EN ESAS CUEVAS TAN OSCURAS!



¡ESTO NOS DEMUESTRA QUE ESTAMOS EN UN PAIS EXTRAÑO, DONDE SOLO PUEDEN VIVIR GENTES EXTRAÑAS! ¡QUIEN SABE SI ESTAREMOS YA CERCA DE LA CIUDAD DE ORO!



¡QUIERAN LOS DIOS CHINOS QUE NO FALLE!



TU ESFUERZO PRUEBA QUE PARATI NO HAY DIFICULTADES. TODAS LAS VENCES.

¡LE DI EN LA CABEZA! ¡SE HA METIDO AQUI!



¡NADA RINDE COMO LA ADVERSIDAD!

¡SI NO SALIMOS DE ESTE CAÑON PRONTO, SEME VAN A ACABAR LAS FUERZAS!



LLEGAMOS AL FIN DEL CAÑON. PERO... ¿QUIEN SUBE AHI?

¡SI NO PODEMOS SALIR POR ARRIBA TALVEZ PODAMOS ESCURRIARNOS POR ABAJO!



¡RENDIDOS Y DESCORAZONADOS DUERMEN EN EL FONDO DEL CAÑON! ¿QUE LES GUARDARÁ EL DESTINO PARA EL SIGUIENTE DIA?



# CUENTOS DE CALLEJA

## CUCUFATE EL REVOLTOSO

Cashillo



UCUFATE era el chico más desobediente y voluntarioso de su pueblo, y aun quizá habría sido difícil encontrar otro igual en cuarenta leguas a la redonda.

Ni estudiaba, ni iba a clase, ni había medio humano capaz de enderezar aquel espíritu torcido y avieso, acostumbrado a hacer su santa voluntad sin respetos ni frenos de ninguna especie.

Su padre, algo bruto, es verdad, solía darle cada azotaina que cantaba el credo, y su madre, que no lo era menos, cada sopapina que le encendía el pelo; pero aquel carácter incorregible no escarmentaba.

Más de una vez, de las pocas que asistía a la escuela, el maestro se vió obligado a castigar las travesuras del indómito rapaz, empleando para ello toda clase de procedimientos persuasivos para ver si lograba encaminarle por la buena senda. Pero ni su bondad ni su paciencia consiguieron nada. Cucufate siguió haciendo de las suyas, y su travesura llegó a hacerse proverbial.

Una mañana iba nuestro mozo a cazar gorrones, cuando en el lindero de un camino encontró a un anciano que marchaba en dirección contraria a la suya. El pobre viejo era jorobado, y Cucufate, al verle el defecto, exclamó con sorna:

—Mal día: las arañas por el suelo; lluvia segura.

Y no contento con esto, cogió una piedra, lanzándola con tanto tino, que vino a dar en el centro de la joroba del pobre anciano.

Este se volvió justamente irritado, y al oír las carcajadas de Cucufate, le dijo:

—No pido a Dios para ti otro castigo sino que se cumpla con gran exceso cuanto desees.

Y desapareció como por encanto.

Cucufate se marchó a continuar su interrumpida caza, sin hacer caso de las palabras del viejo; se puso a silbar, pero sus silbidos eran tan fuertes como los de

una locomotora, y él mismo se asustó de la fuerza con que soplabá.

—Caramba —dijo—, no sabía que silbaba tan fuerte

Al pasar junto a un arroyo quiso pescar unos barbos, y apenas había echado el anzuelo sintió que *picaban* furiosamente; y al sacarlo vió que traía prendidos uno tras otro, una cantidad enorme, increíble, de barbos que se le vinieron encima, le cubrieron enteramente y por poco le aplastan. Con grandes apuros pudo escapar de aquella verdadera montaña de peces, y siguió su camino.

Acercóse luego a una tapia muy elevada que había a espaldas de la iglesia, y vió que en la parte superior había unos nidos de gorrones; estiró el brazo para coger la caña que había caído al suelo, y vió con estupor que le había crecido aquel miembro más de dos varas, tanto, que sin esfuerzo pudo llegar hasta los nidos con la mano, y sin necesidad de caña alguna.

El chico se quedó confuso y sin saber qué hacer. De pronto se acordó de la imprecación del viejo; pero ya era tarde para arrepentirse. Así, al menos, lo pensó.

—Pues si se me ha de cumplir con exceso lo que desee, pensaré que se encoja el brazo un poco —se dijo el mozo.

En el acto el brazo se achicó, pero de tal manera, que se le quedó muchísimo más corto que el otro.

—¡Qué demontre! —dijo—. Más vale así; cazaremos gorrones.

Acababa de decirlo cuando cayó sobre él una bandada de pájaros, pero en tal número, que le envolvían y ocultaban por completo; y como se ahogaba entre aquel enorme montón, quiso estirarse, y tal estirón dió que la tapia de la iglesia le llegaba a las rodillas.

Cuando volvió al pueblo, nadie podía reconocer a Cucufate en aquel gigante de veinte metros, cuya cabeza llegaba al nivel de los tejados. La gente se aso-







maba a verle, los chiquillos le apedreaban y le ladraban los perros.

Al llegar frente a su casa quiso encogerse un poco para entrar en ella, pero se redujo al tamaño de un mono de los más pequeños. Sus padres no le reconocieron y le arrojaron de la casa.

—Quisiera ser rico —pensó al salir del pueblo; y en el acto se le llenaron los bolsillos de tanto dinero que no pudo resistir el peso y cayó de bruces en la carretera sin poder levantarse.

Cucufate sacaba y tiraba el dinero a manos llenas; pero cuanto más sacaba, más prietos tenía los bolsillos.

Pasaron unos caminantes, y al ver aquella extraña ocupación lo tuvieron por loco rematado y determinaron llevarle a una casa de orates. Le cogieron y montaron en una mula, pero en el momento se llenaron de oro las aguaderas que llevaba el animal, y el enorme peso le hizo caer a tierra.

—No quiero ya ser rico —pensó el desdichado; y desaparecieron las monedas y su traje, quedándose más pobre que las ratas y con unos harapos por toda vestidura.

Los viajeros, al verle así, creyeron que era un brujo que trataba de burlarse de ellos y la emprendieron a palos con él.

Irritado Cucufate, quiso vengarse, y cogió una piedra, lanzándola contra sus adversarios. El proyectil se agrandó en tales términos en el trayecto, que cuando cayó sobre los apaleadores era casi una montaña: bajo su enorme mole quedaron sepultados viajeros y mulas.

El muchacho, aterrorizado, huyó de aquel paraje, y sin saber cómo, se encontró a muchas leguas de allí.

Sentía un hambre devoradora y una sed insaciable;

quiso beber y comer, y aquello sí que fué un tormento mayúsculo. Los comestibles, sin saber cómo, se le venían a la boca incesantemente, sin darle tiempo de masticar, y cuando ya estaba ahito, nuevos trozos de comestibles entraban, mal de su grado, en su pequeñísimo estómago, produciéndole náuseas, fatigas y trasudores. El agua le brotaba de las mue-

las y pasaba a torrentes por su garganta. Ya tenía dentro un río, y no podía contener aquella incesante corriente que amenazaba ahogarle.

—No quiero comer más —dijo; y se quedó tan seco y tan hambriento como antes.

—Pues, señor --decía--, no puedo comer, ni ayunar, ni tener dinero, ni ser pobre, ni irritarme, ni defenderme. ¿Qué va a ser de mí?

Y el muchacho se afligió y comenzó a llorar.

Quiso dormir, y se quedó como un lirón en invierno; pero con un sueño sin descanso, como si estuviese sobre un lecho de riscos puntiagudos; aquel sueño no le amortiguaba la sed, ni el hambre, ni el dolor que le causaban los guijarros.

—Quiero una cama blanda —pensó; y las piedras se convirtieron en colchones tan flexibles, que su sueño más parecía una caída que un descanso. Se sofocaba entre las plumas, y al levantarse sintió más sueño que cuando se acostó.

La mañana le sorprendió sentado sobre una piedra y en la situación de cuerpo y espíritu más lamentable. Había envejecido diez años en unas cuantas horas. Abatido y quebrantado, volvió sus ojos a Dios, y con profundo arrepentimiento pidió perdón de sus pecados y ofreció enmendarse completamente.

El anciano del día anterior apareció a su lado, con la joroba más deforme, si cabe, que antes; pero entonces Cucufate no se burló; al contrario: prosternándose ante él, le pidió que le perdonase la ofensa de la víspera.

El buen jorobado le dió a besar su mano, y cuando quiso Cucufate darse cuenta de lo que pasaba, el viejo había desaparecido, encontrándose él en su pueblo y a dos pasos de la casa de su padre.

Hoy no hay muchacho más dócil; y aun cuando nadie sabe la causa de su arrepentimiento, todos felicitan al rapaz, que es, con justicia, la perla de su aldea.



FIN



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección, pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.



Don Turulato.  
JUAN GIRALT.



Cuando una mamá habla a sus hijos, ¡con qué respeto y atención debe escucharse!



—Oye, niña, ¿cuántos años tienes?  
—Pues, doce.  
—¿Y cómo eres tan baja?  
—Porque siempre he vivido bajo techo bajo.  
A MONEREO.



—¿Cómo es que te han suspendido otra vez?  
—Porque me han preguntado lo mismo que la otra vez.  
JORGE V. RADAKLI.



Hacia la Caraba.  
BEATRIZ DE BUSTOS.



Un ruso.  
CONSUELO RUBIO.

### El salto de Tequendama.

El caudaloso río Bogotá, desde su nacimiento y después de atravesar la gran sabana de su mismo nombre (está situada en el departamento de Cundinamarca, República de Colombia), se presenta ante un abismo inmenso que, al verlo, le horroriza, hace un esfuerzo para no caer; pero al fin cae, hecho espuma, y con el fuerte golpe de la roca del abismo se evapora como pequeñas nubecillas.

Este abismo es el salto de Tequendama, el más profundo del mundo; pero no el más ancho y caudaloso, pues las cataratas del Niágara llevan más caudal y son más anchas. Hay una tradición muy antigua sobre esta cascada, que es la siguiente:

En tiempo de los indios chibchas se inundó la gran sabana de Bogotá, durando así algunos días, cuando, después de una gran lluvia, apareció el arco iris y sobre él un anciano respetable, que les habló de la religión y les enseñó a hacer telas, mantas, etc. Viendo la inundación se fué y, cuando llegaba al término de la sabana, golpeó la tierra con su bastón, donde se hizo un enorme hueco, que es hoy el salto de Tequendama. (Se cree que el anciano fué uno de los doce Apóstoles.) El anciano, después de haber hecho esto, desapareció.

JOSÉ A. JÁCOME V.  
Doce años.

### La caridad recompensada.

Cerca de un pueblo había una casita en la que vivían dos hermanitos huérfanos, los cuales iban cada semana al pueblo, en el que tenían un pariente que por caridad les daba algunas provisiones.

Así pasaban su vida, hasta que un día les pasó lo que voy a contaros:

Iban por el camino que llevaba a su casa, volviendo del pueblo en que se encontraba su tío, cuando se les presentó un hombre pobremente vestido que les pidió limosna.

Los niños, que eran caritativos, le dieron un pedazo de pan del que traían. El mendigo se lo agradeció y se lo comió con buen apetito, pues hacía cuatro días que no había comido, según él había dicho.

Cuando hubo acabado de comer se transformó en un ser hermosísimo, majestuoso y muy brillante, que les dijo:

—Yo soy el mago Fin-he-ton, encargado de recompensar los actos de caridad que se hagan en la tierra, y queriendo probaros me he disfrazado de mendigo. Vosotros me habéis dado limosna, y yo quiero recompensaros. Os doy esta ollita —añadió el mago—, y siempre que tiréis una piedrecita dentro y digáis «Ollita, da de comer a dos huérfanitos», os servirá una excelente comida.

Dicho esto y dadas las gracias por los niños, el mago desapareció y los niños continuaron el camino de su casa.

En ella vivieron felices con la ollita que el mago les había dado, haciendo mucha caridad a los pobres que acataban a pasar por su casa.

Hasta que un día vino un mendigo por la noche, un día que llovía mucho, pidiéndoles por caridad que le diesen albergue y cena, lo cual le ofrecieron los niños con mucho gusto.

Después de cenar se fueron todos a dormir, y como los niños tenían mucho sueño, no se despertaron hasta muy tarde, y en lugar de encontrar al forastero, que se había marchado, en la cama de éste encontraron un papelito que decía: «Yo soy el mago Fin-he-ton, que he querido ver por mí mismo el buen uso que hacéis de mi regalo. Veo que lo he puesto en buenas manos. Os deseo completa felicidad en esta tierra y en el cielo.»

SANTIAGO PERNAU.  
Doce años.



Don Frescolavis  
y Don Viriato.  
VÍCTOR J. GIL.



Cañamón.  
G. PETRICIONE.



Morrunguis.  
HÉLIDA GIORDANO.



Don Turulato.  
AMPARO PROSPER.



«Pierrot»  
ADELA ASPE.



Una princesita.  
MANUEL MARTÍNEZ.



Personajes pinochistas.  
MIGUEL A. PARRONDO.



¿Lo conocéis?  
V. BRUGADA.



Una barrendera.  
MANUEL NIETO.



Retrato.  
AGUSTÍN GINER.



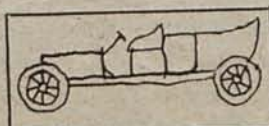
Samitier.  
JOSÉ L. FERNÁNDEZ.



Un paisaje.  
A. ROBINA.



Mi gatito.  
M.<sup>a</sup> LUISA ABADAL.



El «auto» de mi primo.  
MATILDE CABELLO.



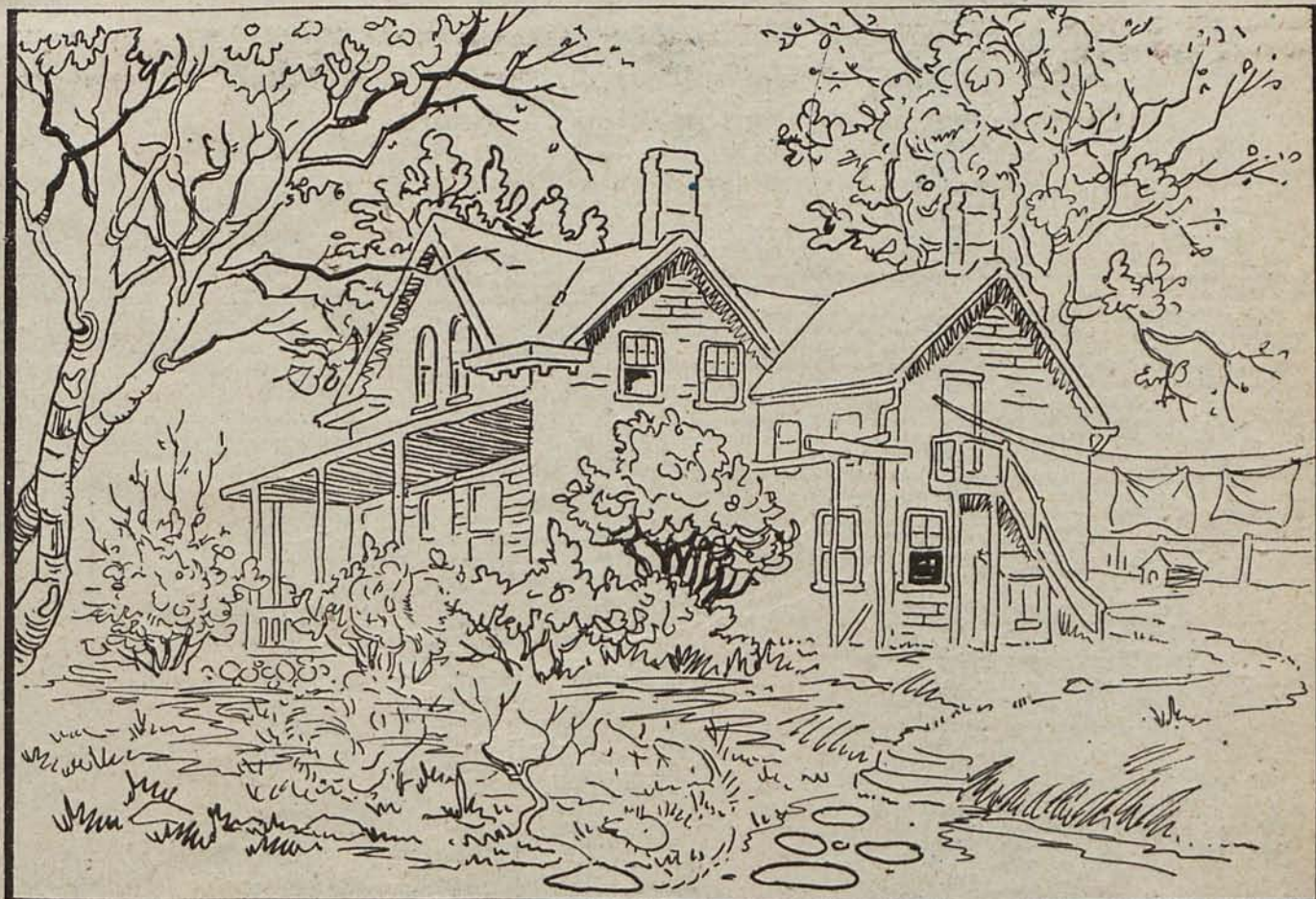
Die Turpin.  
JOAQUÍN TENAS.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

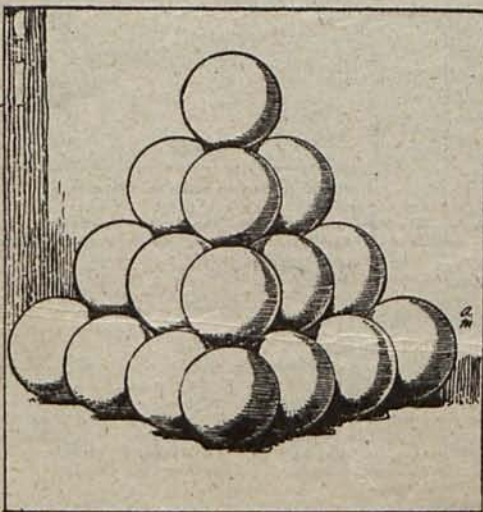
## EL ESCONDITE



Hoy vamos a jugar al escondite con ocho señores que han salido a comer al campo, y cuando han terminado su comida se han puesto a divertirse con este distraído juego. Pero como se han escondido los ocho y ninguno se ha quedado para ir a buscarlos, pues ahí están como tontos, sin salir de su escondrijo. A mi me da pena que ocho señores tan respetables, algunos tienen hasta barba, estén haciendo tanto tiempo el ridículo. Por esto os invito a que los busquéis pronto. ¿Dónde se hallan?

## PIRÁMIDE DE CUATRO LADOS

Se trata de construir  
una pirámide de cuatro  
lados, cuyo total de ba-  
las sea un número de  
raíz cuadrada exacta.  
¿Qué número será éste?



## DIBUJO CON ERRORES



He aquí una señora  
tranquilamente descan-  
sando. Así, al primer  
golpe de vista, parece  
que todo está bien,  
¿verdad? Pues nada de  
eso; hay la friolera de  
siete errores. Uno, por  
ejemplo, es que el zapa-  
to de la pierna izquier-  
da tiene tres ojetes y el  
otro, cuatro. ¿Cuáles  
son los otros seis?



# GRAN SORTEO DE NAVIDAD DE 1927 PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

**Primer premio...** Un «auto» Citroen.

**Segundo premio.** Una gran bicicleta.

**Tercer premio...** Doscientas pesetas en dinero.

**Cuarto premio..** Un baúl «trousseau» de muñeca.

**Quinto premio..** Cien pesetas en dinero.

## CONDICIONES PARA TOMAR PARTE EN ESTE SORTEO

1.ª Hemos publicado dieciséis cupones para este sorteo. Estos cupones se recortarán y se pegarán en su sitio correspondiente en la *plantilla* que publicamos en la página siguiente.

2.ª También se puede mandar la *plantilla* aunque no se conserven todos los cupones o aunque se tenga solamente algunos. En este caso se enviará la *plantilla* y, además, tantos sellos de a real (veinticinco céntimos) como cupones falten. **Estos sellos no deben nunca pegarse a la *plantilla*. Los sellos que vengán pegados no tendrán ningún valor.**

Ejemplos: Tienes dieciséis cupones; pues los pegas a la *plantilla* y la envías sin añadir ningún dinero en sellos. Tienes diez cupones; pues los pegas y añades seis reales en sellos para sustituir los seis cupones que te faltan. No tienes ningún cupón; pues tendrás que enviar dieciséis reales en sellos con la *plantilla*.

**Cuando con la *plantilla* venga dinero en sellos es NECESARIO certificar la carta. No será válida ninguna *plantilla* que traiga dinero en sellos y venga sin certificar.**

3.ª En la *plantilla* hay un espacio de cinco casillas como éste

NÚMERO ELEGIDO

|  |  |  |  |  |
|--|--|--|--|--|
|  |  |  |  |  |
|--|--|--|--|--|

en el cual debe escribirse un número de los que entran en el sorteo de la lotería de Navidad, o sea del 1 al 60.000. Cada cifra se escribirá claramente en una casilla. Así, por ejemplo, si se elige el número 59.863 se escribirá así:

NÚMERO ELEGIDO

|   |   |   |   |   |
|---|---|---|---|---|
| 5 | 9 | 8 | 6 | 3 |
|---|---|---|---|---|

4.ª Se escribirá también, en el sitio reservado para ello en la *plantilla*, el nombre y dirección completa del Pinochista remitente.

5.ª Una vez hecho todo esto, se meterá en un sobre la *plantilla* y se escribirá en el sobre, con letra clara, la dirección en esta forma:

*A Pinocho*  
(Para el Sorteo de regalos)  
  
*Madrid*  
*Apartado 447*

En la otra cara del sobre se escribirá lo siguiente:

NÚMERO ELEGIDO

|  |  |  |  |  |
|--|--|--|--|--|
|  |  |  |  |  |
|--|--|--|--|--|

REMITENTE

Apellidos .....

Nombre .....

Población .....

Calle ....., núm. ....

Provincia .....

De modo que el sobre deberá quedar en esta forma:  
Por el anverso (o derecho), así:

*A Pinocho*  
(Para el Sorteo de regalos)  
*Madrid*  
*Apartado 447*

y por el reverso (dorso o revés), así (por ejemplo):

Número elegido

|   |   |   |   |   |
|---|---|---|---|---|
| 0 | 2 | 7 | 4 | 4 |
|---|---|---|---|---|

Remitente

Apellidos = Gómez de la Torre

Nombre = Clodomiro

Población = La Higuera

Calle = del Casino-nº 7

Provincia = Avila

6.ª Entrarán en sorteo todas las *plantillas* que recibamos completas (es decir, con dieciséis cupones o con un real en sellos por cada cupón que falte) antes del 10 de diciembre de 1927. Las que por cualquier causa lleguen después del 10 de diciembre no entrarán en sorteo aunque sean de América.

7.ª Tampoco entrarán en sorteo las *plantillas* que recibamos sin ajustarse estrictamente a estas condiciones.

8.ª Cada Pinochista puede enviar tantas *plantillas* como quiera, poniendo en cada una un número diferente; pero todas han de venir con los cupones o, en su defecto, con el importe correspondiente a razón de veinticinco céntimos en sellos por cada cupón.

9.ª Los premios serán, respectivamente, para aquellos que hayan elegido los números más aproximados a los de los premios primero al quinto, ambos inclusive, del sorteo de la Lotería Nacional del 22 de diciembre de 1927.

10 El tomar parte en este sorteo implica la aceptación de todas sus condiciones y la sujeción a la autoridad única e inapelable de PINOCHO para cualquier caso de duda, discrepancia o imprevisto, así como la renuncia a toda clase de reclamaciones por cualquier concepto.



PLANTILLA remitida por

D. ....

Población .....

Calle ..... núm. ....

Provincia .....

NÚMERO ELEGIDO

|  |  |  |  |  |
|--|--|--|--|--|
|  |  |  |  |  |
|--|--|--|--|--|

Debe recibirse antes del día 10 de diciembre de 1927.

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Cupón número 1.

Cupón número 2.

Cupón número 3.

Cupón número 4.

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Cupón número 5.

Cupón número 6.

Cupón número 7.

Cupón número 8.

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Cupón número 9.

Cupón número 10.

Cupón número 11.

Cupón número 12.

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Cupón número 13.

Cupón número 14.

Cupón número 15.

Cupón número 16.





# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, DECORADORA

*Almohadones para automóvil.* — Está Marisa que brinca de alegría porque su tío Rafael ha realizado el sueño dorado de su vida (de

la vida de Marisa): se ha comprado un automóvil.

Y como el tío Rafael adora en su sobrinita, pues es casi, casi como si se lo hubiera regalado a ella. En efecto: ¿quién va a disfrutar del coche de tío Rafael mas que ella? No será, ciertamente, el travieso Pepín, que no sabe mas que tirarle de las barbas (al tío, no al «auto»), ni la destrozona Clarita, que ya está pensando en recrearse arrancando los botones de sus asientos (del «auto», no del tío).

Y Marisa hará más que disfrutar del «auto» paseando en él; su tío la ha prometido que la enseñará a guiar en cuanto tenga edad para ello; dentro de nada, como quien dice; ¡solamente faltan unos diez o doce años! Marisa quiere demostrar su agradecimiento a su tío regalándole algo que le sirva para «su» automóvil, para el automóvil de Marisa y de su tío. Y ha pensado en fabricar unos almohadones. Su primera idea ha sido la de hacerlos de raso celeste, rosa pálido o lila, bordados con flores y mariposas de seda de matices delicados. Mamá, a quien ha expuesto este proyecto, se ha guardado piadosamente de confesarle que tales almohadones resultarían de un mal gusto «espeluznante»; pero le ha hecho comprender que se estropearían en seguida y que para un automóvil es preciso algo resistente de materia y de color, que afronte impunemente el polvo de las carreteras. Marisa, atendiendo a razones, ha comprendido que lo más apropiado son los almohadones de cuero, que están ahora tan de moda, hechos con cueros de varios colores: rojo, verde oscuro, marrón, azul marino, etc...

Pero, ¡ay!, una expedición a tiendas de cueros ha bastado para convencerla de que la adquisición del material rebasaría las posibilidades de su pequeña hucha; y como Marisa tiene mucho amor propio y no consiente que nadie coopere en la adquisición de sus regalos, hay que pensar en otra cosa.

Nada más fácil: el cuero puede muy bien sustituirse por tela; se utiliza el paño grueso, la bayeta, el «reps», etc. Y como seguramente ha de encontrarse en casa recortes de estas telas, que hayan sobrado de algún traje, no le queda a Marisa más que comprar, para adornar los almohadones, unas trenchillas de varios co-

lores que armonicen con la carrocería del coche: rojo o azul fuerte, verde y negro, etc...

En esta página os presento tres modelos de estos almohadones, muy propios para automóvil, hechos según el procedimiento que ha empleado Marisa siguiendo mis consejos. Es decir, de tela en un tono neutro: gris, barquillo, «beige» o amarillo claro, con trenchillas de dos o más colores, o de varios matices de un mismo color, combinadas formando dibujos rectos y sencillos, que son los más indicados para el caso.

Por cierto que ahora caigo en que os habrá chocado quizá el nombre Marisa; como que no es sino la contracción del nombre de María Rosa, que así se llama la nueva «automovilista».

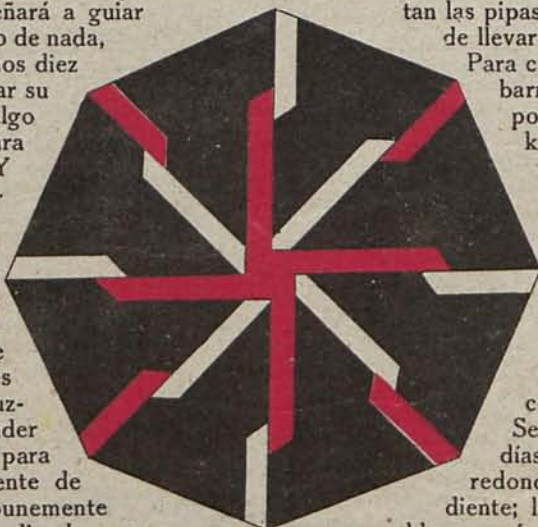
## PIRULA, REPOSTERA

*Golosina de octubre: mermelada de uvas.* — Se eligen hermosos racimos de uvas muy maduras, se desgranán y se les quitan las pipas. Esta operación es relativamente fácil de llevar a cabo con una pluma de ave.

Para cada medio kilo de uvas se echa en un barreño un cuarto de kilo de azúcar con un poco de agua (un vaso de agua para un kilo de azúcar). Se deja hervir a fuego fuerte; cuando espesa el azúcar se espuma, se echan las uvas y se dejan que hiervan un rato a borbotones; entonces se echan las uvas solas en los frascos, cuidando de no llenarlos más que hasta la mitad.

El jugo que ha quedado en la lumbre se deja que merme, y cuando ha espesado bastante, se echa en los frascos, llenándolos hasta arriba.

Se tapan los frascos al cabo de varios días, colocando primero sobre el dulce un redondel de papel de barba mojado en aguadiente; luego se tapa el frasco con otro papel blanco, más grande, que se anuda con un bramante. Y así queda hecha una mermelada riquísima.



## QUISICOSAS DE PIRULA

*Lo más ligero de todo.* — ¿A qué no sabéis cuál es la cosa más ligera, quizá, del mundo? Pues la tela de araña.

Figuraos que, según experimentos minuciosos — ¡y tan minuciosos! —, resulta que seis mil cuatrocientos dieciséis metros de hilo de tela de araña pesan, exactamente, seis centigramos, cuatro miligramos y ocho décimas de miligramo.

¡Qué poco debe de abrigar un vestido hecho con ese hilo, ¿verdad?

Pues bien, hay algo más ligero todavía que la tela de araña, algo tan ligero, que su peso es... al revés; es decir, que «cuanto más hay, menos pesa». Adivina, adivinanza. ¿Qué es? Pues son... ¡los agujeros!

